

¡Invertir para Dios es ganar!

«Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, o por necesidad; porque Dios ama el dador alegre. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia; a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo que basta, abundéis para toda buena obra». 2 Corintios 9: 7, 8, RV60

Nací en una familia cristiana. Aprendí de mis padres a invertir para el Señor a través del Fondo de Inversión. He visto cómo los árboles frutales que ellos consagraban producían más frutos que los demás. Todavía recuerdo que mis padres nos decían: «Si queréis comer los frutos de los árboles consagrados, tenéis que pagarlos».

Cuando llegué a la edad adulta, me casé y tuvimos tres hijos. Después del nacimiento de mi último hijo, decidí ponerlos en manos del Señor. Para ello, deposité en el Fondo de Inversión una cantidad determinada por cada uno de mis tres hijos.

Alabé al Señor, y le agradecí que velara por ellos y les permitiera crecer sin enfermar. Pero un día mi hijo pequeño enfermó, tenía entonces tres años. No pudimos averiguar qué le causaba fiebres altas por la noche, a veces seguidas de vómitos. El médico le recetó antibióticos, pero su estado no mejoró. Fue entonces cuando decidí hacer de esto un tema de oración y le dije al Señor: «He cumplido mis promesas, ahora, Señor, este niño es tuyo, eres tú quien ha querido que llegue a existir para demostrarme tu amor; así que, por favor, Señor, haz algo por su curación, en el nombre de Jesús. Amén».

Algún tiempo después, Dios utilizó a una hermana de la iglesia que conocía la situación. Me aconsejó que comprobara si mi hijo era alérgico a la leche de soya, ya que la consumía con mucha frecuencia en ese momento.

Seguimos su consejo y dejamos de darle leche de soya. Pasaron los meses y ni un solo síntoma de la enfermedad. Hoy, dieciocho años después, está sano. ¡Damos gloria a Dios por eso!

Desde entonces, el número de personas invertidas en el Fondo de Inversión no ha dejado de crecer. Reconozco que invertir con Dios es una bendición que nos permite verle actuar en la vida de sus hijos fieles, y saber que esos fondos depositados en los tesoros del cielo permitirán a otros encontrarse con su Salvador.

El apóstol Pablo nos recuerda: «Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, o por necesidad; porque Dios ama el dador alegre. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia; a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo que basta, abundéis para toda buena obra» (2 Cor. 9: 7, 8, RV60).

Anónimo.